

CARTA DEL OBISPO

NUEVOS EVANGELIZADORES

+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander

La nueva evangelización depende, en gran medida, de la credibilidad de nuestra vida de creyentes y de la convicción de que la gracia obra y transforma hasta convertir los corazones. Este es un camino que compromete a todos los cristianos después de dos mil años de historia: sacerdotes, consagrados y fieles laicos.

La nueva evangelización requiere *nuevos evangelizadores*. No es una tautología, sino una evidencia que no puede darse por supuesta. En la carta del apóstol San Pablo a los Romanos se afirma: “Todo el que invoque el nombre del Señor será salvo. Ahora bien, ¿cómo invocarán a aquel en quien no han creído?; ¿cómo creerán en aquel de quien no han oído hablar?; ¿cómo oirán hablar de él sin nadie que anuncie? Y ¿cómo anunciarán si no los envían?. Según está escrito: ¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la Buena Noticia del bien!” (*Rom 10, 13-15*).

Como se advierte, la idea que expresa en primer lugar el texto citado es la relación entre la necesidad de invocar al Señor, tener fe en él y ser enviados a anunciar el Evangelio para que todos puedan creer. En el fundamento de la misión está la vocación. Ser evangelizados es una misión, para que todos puedan escuchar la Buena Noticia de Jesús, creer en él e invocarlo.

La vocación arranca del mismo día de nuestro Bautismo, que llama a todo creyente en Cristo a hacerse portador creíble de la Buena Noticia que enseña. El envío, por tanto, es algo intrínseco a la vocación bautismal; la vocación comporta para todo cristiano asumir la responsabilidad en primera persona sin posibilidad alguna de delegar en los demás. El anuncio del Evangelio no puede ser delegado; reclama, por el contrario, la toma de conciencia propia del creyente de hacerse portavoz de Cristo allí donde se encuentre.

Tenemos testimonios de esta convicción incluso en los escritos más antiguos; San Cirilo, obispo de Jerusalén, decía en sus catequesis: “Los que recibimos su cuerpo y su sangre nos transformamos en portadores de Cristo”. El cristiano, por tanto, es por su naturaleza *crístóforo*, es decir, portador de Cristo y solamente así se comprende el significado de las palabras de Cristo: “Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es llevadero y mi carga ligera” (*Mt 11, 29-30*). La alegría a la que el Señor se refiere no es otra que la invitación a ser sus discípulos y a compartir su propia vida, es decir, tomar parte en su misión de salvación.

Por tanto, la transmisión de la fe es una dinámica compleja que compromete totalmente la fe de los cristianos y la misma vida de la Iglesia. No se puede transmitir aquello en lo que no se cree y no se vive. Un signo de fe consolidada y madura es, precisamente, la naturalidad con la que comunicamos la fe a los otros. “Llamó a los que quiso[...] para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar” (*Mc 3, 13-14*). No se puede transmitir el Evangelio sin saber lo que significa “estar” con Jesús; y, paralelamente, la experiencia de “estar” con Jesús impulsa al anuncio, a la proclamación, al compartir lo que se ha vivido, habiéndolo experimentado como bueno, positivo y bello.